

# Sobre una crítica de la Arquitectura

Carlos Flores, Arquitecto

*En uno de los últimos números de la revista "Índice" se ha publicado este artículo y su autor ha solicitado de la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA que se reproduzca en estas páginas, lo que, muy gustosamente, cumplimos.*

RESULTA OBVIO QUE LA ARQUITECTURA, como toda actividad humana, no sólo *puede ser*, sino que aun *debe ser* sometida a crítica. Admitido esto, se plantea la cuestión de por quién y cómo será ejercida esa crítica. Es incontestable el hecho de que cualquier materia llevada a análisis exige del analizador un conocimiento suficiente de la misma. No se trata, como tantas veces se ha dicho, de que el crítico deba estar capacitado para igualar o superar la labor que critica. Es menester sólo que conozca a fondo aquello de que habla, las leyes, si las hubiera, que pueden regir su mundo, el conjunto, en fin, de circunstancias, factores y fenómenos que influyen y determinan *el ser* de la cosa criticada. La arquitectura, por la multiplicidad de factores a que se halla ligada—espaciales, técnicos, plásticos, sociales, humanos, económicos, funcionales, culturales, políticos, urbanísticos, etc—, exige del crítico la posesión de una suma de datos de mucha mayor complejidad que los necesarios para juzgar cualquier otra actividad artística.

DURANTE LOS DOS O TRES ÚLTIMOS años, en que la arquitectura ha empezado a salir de los límites estrictos del campo profesional para interesar, si no al hombre de la calle mundo y lirondo, al menos al hombre de la calle con alguna preocupación por la cultura, algunos críticos de arte han empezado a inquietarse al observar el hecho de que no haya una crítica que someta a análisis a la arquitectura, manteniendo, con toda razón, que el arquitecto no debe ser tabú, ni su formación técnica puede en modo alguno constituir una barrera que impida le llegue la opinión de aquellos que, sin compartir sus tareas profesionales, tienen una preparación que les capacita para emitir un juicio justo.

Indudablemente, no hay razón para que deje de ejercerse una crítica sobre la obra de los arquitectos, y asimismo es cierto que quien la efectúe no ha de poseer necesariamente el título de arquitecto. Ahora bien: uno teme—quizá juzgando impropriamente lo que ha leído—que se ande fraguando por ahí una especie de crítica

"plástica" de la cosa arquitectónica, lo que en sí supone ya tal fallo conceptual que incapacita a quien de tal modo la plantea para cualquier comentario válido sobre dicha materia.

Queremos dejar claro que si bien la existencia de una crítica de la arquitectura no puede negarse en modo alguno, así como el que esta crítica pueda ser realizada eficazmente por un no arquitecto, sí estamos persuadidos de que el crítico de arte, al menos tal y como está formado en España, no puede—hablando en términos generales y juzgando por los comentarios escritos u orales que a nosotros han llegado—juzgar válidamente el fenómeno arquitectónico en su real dimensión.

INSISTIMOS EN QUE POR EL SOLO HECHO de existir la obra arquitectónica no puede en modo alguno hurtarse a una crítica. Más que cualquier otra cosa, su presencia, que se nos impone, determina un afán de enjuiciarla en quien ha de "soportar" algo que se produjo sin su intervención ni previa consulta. Ahora bien: esta, si se quiere, necesidad no autoriza a que la crítica vaya a realizarse con arreglo a un criterio insuficiente y erróneo. En Giedion, a nuestro juicio el estudioso que más luz ha aportado al problema de la arquitectura contemporánea, se da el mejor ejemplo de cómo un *no arquitecto* puede ver con claridad en el mundo de la arquitectura. Giedion, que no estuvo nunca matriculado en una escuela de arquitectura, posee una formación que le permite conocer los diferentes aspectos que integran el mundo de la arquitectura. Fruto de los años que cursara en una escuela de ingeniería suiza, o de posterior estudio particular, Giedion cuenta con una base técnica y matemática que le proporciona la seguridad imprescindible para moverse en el campo de lo arquitectónico, conociendo cada palmo de terreno que pisa. Lo que no puede admitirse es que alguien hable de una materia formada por partes que constituyen un todo indivisible sin tener el menor conocimiento de

una de estas partes, parte que es además primordial dentro del cuerpo total que se estudia.

Esa separación constante, esa discriminación que el crítico de arte se ve obligado a efectuar entre lo que pertenece al dominio de la técnica y al del arte, cuando habla de arquitectura, es por completo improcedente, puesto que se trata de un sistema en el que todos los componentes se hallan fundidos de modo íntimo, influyendo unos en otros, y contribuyendo cada cual a conformar y justificar el especial modo de ser de los restantes.

No se trata en manera alguna de defender aquí un exclusivismo de grupo o cuerpo. Exigimos sólo que quienes hayan de ejercer una tal crítica conozcan lo suficiente el conjunto de factores que intervienen en la creación, porque sólo dándose en ellos esa circunstancia, podrán tener la visión global necesaria y considerar la arquitectura como algo indivisible que es realmente.

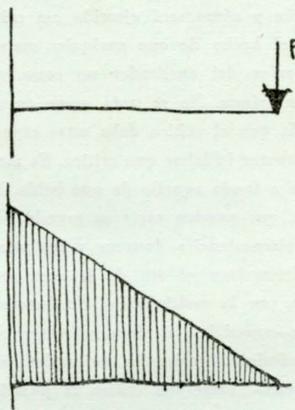
A NUESTRO JUICIO, LA arquitectura cae, por el momento, fuera del ángulo visual del crítico de arte. Pertenecce a una esfera a la que no puede accederse sólo con sensibilidad o conocimientos "artísticos". Esto a menos que la crítica de arquitectura cuyo clima, como decíamos, creemos que empieza a prepararse, sea una crítica de arquitectura en su aspecto plástico solamente, lo que en sí no es nada ni tiene consistencia alguna, como no la tendría—y sálvese la desigualdad del símil—el juzgar la obra de un escritor por su buena o mala caligrafía. Esa crítica de arquitectura que tal vez una exagerada suspicacia le hace a uno pensar que ciertos críticos empiezan a guisarse (y que terminarían por comerse ellos solos, como creemos que sucede con el noventa por ciento de la crítica de arte que hoy se hace), esa crítica que basaría sus conclusiones en el agrado o desagrado que la fachada de los edificios ejerce sobre el paseante, es lo que desde aquí queremos denunciar como carente de seriedad y rigor. La obra de arquitectura ha de estudiarse en su significado total, si realmente quiere hacerse crítica de arquitectura. Una apreciación unilateral de las cualidades puramente plásticas llevaría al contrasentido de juzgar como bello aquello que repugna a la esencia misma de una cosa.

Sullivan—uno de los padres de la actual arquitectura—repetía hace cincuenta años, con la intransigencia y fanatismo de todo revolucionario, su famoso "forma sigue a función". Esta sencilla frase, que desempeñaría papel primordial en el futuro de una arquitectura que entonces empezaba a nacer, se ha sustituido hoy por una norma menos rígida, que podría enunciarse así: "La forma no debe negar ni entorpecer la función." En ella van incluidos todos los casos determinados por la fórmula anterior, más otros que nacen de la mayor amplitud y flexibilidad de ésta. Es evidente que si el

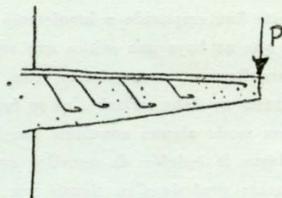
lenguaje formal niega y desvirtúa aquello que supone una parte esencial de la obra arquitectónica, tal formalismo, hueco y falso, no puede engendrar belleza dentro de un sistema que tiene a la sinceridad como uno de sus fundamentos.

VAMOS A AYUDARNOS DE DOS EJEMPLOS para aclarar el posible error en que puede caerse cuando para juzgar la arquitectura se tienen en cuenta solamente sus valores visuales.

Supongamos un voladizo sometido a la acción de una carga que actúa en su extremo. El momento producido por la carga en cada punto es función de la distancia a que se encuentra de ella, y tiene, prescindiendo del peso propio del voladizo, una distribución análoga a la indicada en la gráfica:

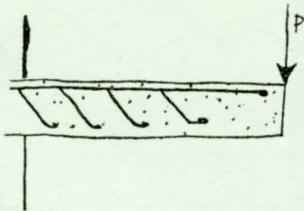


Supongamos que el voladizo ha de construirse en hormigón armado. La ley de distribución de momentos y esfuerzos cortantes aconseja una forma y armado de la pieza como la que se indica en la figura.

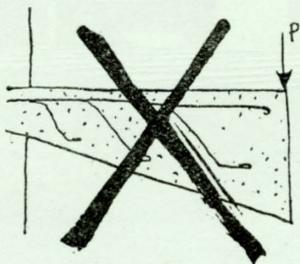


Según Sullivan ("forma sigue a función"), la única forma que podría tener la pieza, sin perder su valor de autenticidad, sería la correspondiente a una sección semejante a la dibujada arriba. Según el criterio actual, menos rígido ("forma no niegue a función"), la

sección correcta del voladizo podría ser también análoga a la siguiente:



Existen, sin embargo, ciertas formas que lógicamente no corresponden al papel resistente que el voladizo desempeña, y que desvirtúan su propia justificación funcional. Una de tales formas respondería a la sección:



El segundo ejemplo nos lo proporcionaría una casa de vecinos situada en Madrid; casa de renta media, por lo que supondremos que quienes la ocupan permanecen en ella todo el año, exceptuando quince o veinte días de vacaciones veraniegas. La casa está orientada a Poniente. Tal orientación exige en Madrid huecos pequeños, para evitar en lo posible el fuerte calor de las largas tardes de verano. En invierno, el sol de Poniente produce poco beneficio, ya que su capacidad calorífica es escasa, y, en cambio, su baja altura le hace molesto a la vista. No se justifican, pues, en modo alguno las grandes cristalerías en una fachada orientada a Poniente con las características señaladas.

Y LLEGAMOS A LA ACLARACIÓN buscada. El voladizo de la última figura, cuya sección aumenta hacia el extremo y disminuye junto al empotramiento, podría, mediante una ornamentación superpuesta, resultar agradable a personas que carecieran de intuición o sentido de la estática. La fachada situada a Poniente con amplias cristalerías es posible que fuera atractiva por su composición, calidad de materiales o cualquier otra razón. Un crítico que realizara una crítica exclusivamente formal de la arquitectura aseguraría en ambos casos que aquello era bello, y, por consiguiente, que constituía un acierto de su realizador. Ya conocemos, sin embargo, los errores existentes. Un error arquitectónico o el fal-

seamiento de cualquier aspecto de la arquitectura no pueden ser nunca fundamento de una obra *arquitectónicamente* bella. La obra, en los dos casos considerados, sería un fracaso, al menos en relación con los aspectos señalados. La posible belleza exclusivamente plástica que pudiera derivarse de ambos errores no es tal belleza si consideramos la obra en su conjunto; esto es, como un ente arquitectónico indivisible cuyos valores de orden plástico han de hallarse en íntima relación con los restantes. Si la arquitectura se hiciese con el único fin de ser contemplada, podría juzgársela sólo por lo que de ella se ve. Pero si sus cualidades visuales, aunque gratas, están montadas sobre una agresión o alguno de los demás valores que en ella intervienen, una crítica consciente tiene que condenarlas.

Queda claro con esto que una arquitectura no puede juzgarse con exclusivo criterio esteticista, sino según un examen global, para el que se precisa partir del mayor número posible de datos. Por otra parte, el lenguaje generalmente utilizado por los críticos del arte supone un factor negativo ante la nueva tarea a cumplir. El hombre de la calle necesita ideas claras sobre arquitectura, que le serían difíciles de adquirir a través del lenguaje artificioso con que se escribe hoy la mayoría de la crítica de arte.

Parece que de los dos objetivos principales perseguidos por una crítica de arquitectura—formar al hombre medio y dar al arquitecto la medida de su obra—es el primero el que tiene mayor importancia. Si el arquitecto quiere opiniones autorizadas sobre lo que hace, las obtendrá con facilidad en su contacto con el medio profesional. El hombre apartado de tales tareas es quien no encontrará una formación—e información—de ese tipo, si no es en el libro o en el periódico. A él, pues, afectaría de modo primordial la existencia de una posible crítica sobre arquitectura, poniéndole en condiciones de valorar con acierto la edificación actual. Esto contribuiría a encauzar el desbarajuste que hoy existe, y quizá se consiguiera que los buenos arquitectos trabajaran, al menos, tanto como los malos, cosa que hoy, en general, no ocurre.

El cliente en potencia, formado por una crítica eficaz, sabría así exigir, llegado el caso, la arquitectura a que tiene derecho. Y el miedo a ver disminuidos sus ingresos haría que la labor del crítico lograra un impacto directo sobre aquel arquitecto que concede más importancia al beneficio económico que a la perfección de su labor.

Lenguaje claro y preciso al alcance de cualquier lector, y la formación necesaria para poder juzgar a la arquitectura en su real dimensión, parecen condiciones a exigir al posible crítico de arquitectura condiciones que, a nuestro entender, no posee en general y hoy por hoy el crítico de arte de este país.